

<sup>101</sup> Discurso de Oviedo, ed. original, p. 19.

<sup>102</sup> En una conferencia dada en Valladolid (en el Centro José Zorrilla) expresé por primera vez que Cecilia Böhl de Faber (Fernán Caballero), muy especialmente en su novela *Clemencia* y en otros escritos, fue la primera que reunió un grupo de virtudes y otras características del español que durante varias décadas ha servido a escritores de derecha y de izquierda para ofrecer el estereotipo del «homo hispanicus». Tal vez fuera Altamira el primero en cambiarlo, aumentando el número de las características. Luego, Ramón Menéndez Pidal, con mucha novedad, y algunos más, han seguido este recurso historiográfico, con aspectos tan inteligentes como interesantes. Sin embargo, me he atrevido a rechazar esta manera de hacer historia, en mi ensayo «El mito de los caracteres nacionales», publicado en *Revista de Occidentes*, 2ª época, n.º. 3, junio 1963.

nerlo inmóvil o inmutable, sino para tener el más correcto conocimiento de las posibilidades o cualidades de ese carácter y tenerlas en cuenta al lanzar al pueblo al curso de la moderna civilización. Altamira está lejos de todo casticismo, quiere hacer comprender que hay que conocer aquello de que se dispone para librarse de errores y fanstasmagorías y para medir las condiciones en las que abordamos el presente. Hay que «tratar de saber con qué realidad hemos de contar cuando se habla de armonizar el ideal y el genio de la patria con lo que hay de bueno y de sabio en la civilización moderna, cuyo modelo hay que ir a buscar en naciones extrañas, más compenetradas con ella que nosotros»<sup>101</sup>. Hay que entender, claro está, que el modelo que hay que buscar fuera no puede ser el del modo de ser o del espíritu de ese pueblo —por lo demás incambiable dentro de sus líneas fundamentales—, sino el modelo de aquellas aportaciones de la civilización moderna que en otras partes podemos hallar y que debemos incorporar a nuestro pueblo, en la forma y medida que sus condiciones lo permitan. De todos modos, hay cierta dificultad en encajar con una afirmación tan vinculante, tan obligatoria, de conservar las *notas constantes* —y aun con la simple estimación de constantes en esas notas características— y la asimilación de factores extraños que parece una fórmula inviable, necesitada de una flexibilidad mayor que la que en algunos momentos se trasluce. En fin de cuentas, las innovaciones, aunque sean asimiladas, alteran siempre de algún modo las supervivencias.

Pero, en todo caso, dentro de su enérgica defensa de la autenticidad nacional, es interesante observar, junto a muchos puntos comunes con Ganivet —que el lector habrá observado—, algunas diferencias relevantes: en general, hay una eliminación del casticismo y del tradicionalismo preceptivos, primero, porque para Altamira no hay incompatibilidad con ningún producto humano y, por consiguiente, no la hay con la técnica ni con la modernidad; segundo, España ha aportado creaciones propias de singular valor a ese mundo moderno que son, pues, valores españoles y pertenecen al acervo de la sustantividad peculiar del pueblo español; tercero, dado que se ha de defender su supervivencia en todo momento y en cada período, cambian las circunstancias en las que habrá de realizarse esa defensa para asegurar su eficacia. No cabe por tanto comportarse siempre igual, encerrado el pueblo en sí mismo. Y de estas tres diferencias dio prueba Altamira en el desarrollo de su obra.

Pero en nuestro autor la noción de características permanentes, de notas constantes, es cosa que lleva arraigada desde el comienzo hasta el final. Señala modulaciones que flexibilizan, como he dicho, los resultados de su procedimiento de caracterización; pero esto último es lo que queda siempre. Probablemente no hay autor alguno en nuestra literatura sobre estos temas que llegue al extremo suyo en señalar una tras otra las pretendidas notas originales e imborrables de nuestro modo de ser colectivo. Desde los primeros ensayos, inspirados por el romanticismo, de arriesgarse a señalar aspectos concretos de la originalidad española, hasta los últimos, su repertorio es el más amplio. Desde la primera gran escritora que procedió a establecer el estereotipo de las cualidades y notas diferenciadoras del español, Fernán Caballero<sup>102</sup>, pasando por Ganivet, Menéndez Pelayo, Unamuno y otros, hasta Sánchez Albornoz, creo que Altamira ha sido el historiador,

o escritor en general, que mayor papel ha dado a este factor de la psicología colectiva en la historia de un pueblo. Lo que hasta entonces habían sido intentos parciales y provisionales, al final de su obra se convierten en un repertorio abundantísimo de notas caracterizadoras. En *Los elementos de la civilización y el carácter españoles* se incluye como capítulo primero un «cuadro general de las influencias recibidas» y tras llegar a la «determinación del sujeto histórico español», nos encontramos con un capítulo II, «Notas características de nuestra historia». Me reduciré a una simple enumeración: individualismo, sobriedad, originalidad, intuitividad, realismo, peculiaridad de formas económicas y jurídicas, eticismo, universalismo, imperialismo peculiar, democratismo, carácter guerrero, tradicionalismo, sentimiento del honor, etcétera... Y después se ocupa de caracteres de la obra colonizadora y de algunos aspectos problemáticos (religión, senequismo, intolerancia, decadencia, etcétera)<sup>103</sup>.

Todos estos caracteres son constantes e imborrables, pero su estado puede cambiar por acción de vicios o de errores que en un pueblo pueden darse. Y entonces se impone una enérgica gobernación que rectifique, reforme, regenere el genio nacional. En virtud de estas posibilidades se plantea el tema de la dictadura tutelar de pueblos que Costa sometió a discusión en el Ateneo de Madrid y sobre el cual escribió Altamira un ensayo. De ello no nos vamos a ocupar, pero sí hemos de advertir que esa acción gobernante regeneradora, que asegura a ésta una eficaz dirección, no se ejerce por la fuerza, sino por la educación. De los dos resortes, Despensa y Escuela, que Joaquín Costa propuso para una campaña de gobierno semejante, Altamira recogió sólo el segundo: la educación. De ahí, el carácter educativo de la historia que expuse como eje del pensamiento de Altamira en el primer apartado y la figura del sujeto histórico a quien esa educación se destina sean dos piezas perfectamente congruentes con la labor de reforma y de regeneración que el autor estudiado aquí planea desplegar sobre todo el país.

En cierto modo esto tenía sus antecedentes. Cuando unos años después de la derrota de los países alemanes por Nápoles, Fichte se propone organizar un plan de restablecimiento del pueblo alemán, escribe sus ya citados *Discursos a la nación alemana* —esos que tradujera Altamira— en donde reflexiona que los alemanes forman un pueblo que está por educar, pero tiene buenas cualidades y si se aplica un sistema adecuado conseguirá levantarse. Cuando unos meses después de la derrota de Sedán, medita sobre la manera de superar esa catástrofe, Renan piensa en la necesidad de una reforma moral e intelectual de Francia que para él ha de consistir en una amplia y nueva manera de educar al pueblo francés<sup>104</sup>. Después de la derrota en la guerra con los americanos y del desdichado tratado de París, Altamira medita sobre el remedio para el estado de postración y abandono en que España ha caído. Desde sus primeros escritos plantea el papel de la educación como recurso a emplear. También él piensa que el pueblo está por educar, que sabemos poco y mal de sus cualidades, que hay que estudiarlas y averiguar claramente si son convenientes a este fin y si se llega a tiempo a educarlas eficazmente. Altamira piensa en sí<sup>105</sup>.

Si es el «sujeto español» portador del «genio nacional», del «espíritu del pueblo» al que hay que educar, se comprende el primordial y necesario papel que a la historia —un conocimiento educativo de por sí— ha de corresponder en el pensamiento de Altamira. Pe-

<sup>103</sup> Ob. cit., en el texto, p. 57-195.

<sup>104</sup> Véase su poco conocido libro *La réforme morale et intellectuelle de la France*.

<sup>105</sup> Discurso citado, p. 8.

ro no una historia que transmita noticias del pasado, aunque sean inteligentemente elaboradas como respuesta a los graves interrogantes del momento. Desde los primeros años, Altamira comprende la historia como un mensaje. Un mensaje que a través de la educación se ha de transmitir a las generaciones nuevas. Y éste es su programa de reforma de un país que atraviesa tan honda crisis: «Entre las condiciones esenciales para nuestra regeneración nacional, figuran como ineludibles las dos siguientes: 1º. Restaurar el crédito de nuestra historia, con el fin de devolver al pueblo español la fe en sus cualidades nativas y en su aptitud para la vida civilizada, y de aprovechar todos los elementos útiles que ofrecen nuestra ciencia y nuestra conducta de otros tiempos. 2º. Evitar discretamente que esto pueda llevarnos a una resurrección de las formas pasadas, a un retroceso arqueológico, debiendo realizar nuestra reforma en el sentido de la civilización moderna, a cuyo contacto se vivifique y depure el genio nacional y se prosiga, conforme a la modalidad de la época, la obra sustancial de nuestra raza.

**José Antonio Maravall**

